



LA CONSCIENCIA UNA LEY MORAL UNIVERSAL?

De nuevo, un sábado más, entre amigos. Nos reunimos alrededor de la luz, de esa luz que ilumina nuestra vida.

¿Tiene sentido preguntarnos sobre nuestras vidas? ¿Tiene sentido dedicar unos momentos de reflexión sobre nuestras inquietudes? ¿Es bueno preguntarse?

La experiencia personal de los voluntarios que venimos a estar con vosotros, la única que podemos transmitir de verdad, nos dice que sí. Que sí que es bueno preguntarse. De hecho, hemos leído de personas cualificadas que sólo tienen sentido las preguntas. Las respuestas pueden ser diferentes, dependen de la realidad del momento. Pero las preguntas os harán fuertes. Fuertes ante la vida, ante cada circunstancia que os toque vivir.

Tenemos que ser curiosos. Hay que estar despiertos. Dios nos ha hecho inteligentes para que utilicemos este don a nuestro favor.

Dios nos ha hecho concededores del bien. Y por lo tanto, también del mal. Por lo tanto, nos ha hecho conscientes.

Hoy vamos a tocar este tema: La consciencia. El diccionario de la Real Academia Española de la Lengua dice: Consciencia:

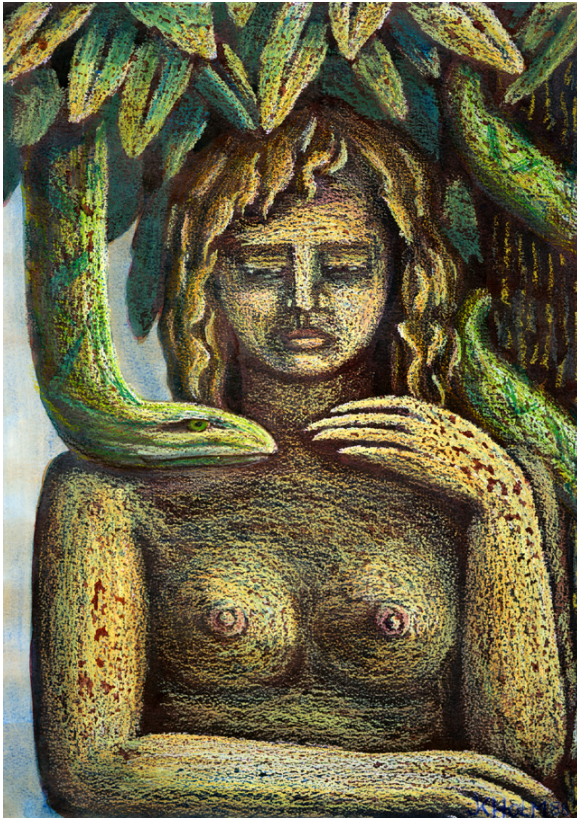
2. f. Conocimiento inmediato que el sujeto tiene de sí mismo, de sus actos y reflexiones.
3. f. Capacidad de los seres humanos de verse y reconocerse a sí mismos y de juzgar sobre esa visión y reconocimiento.

Veremos, pues, qué entendemos nosotros por consciencia, que tiene que ver con esa capacidad de reconocerse y juzgar. Por lo tanto, tiene que ver con la libertad interior de cada uno de nosotros.

Una premisa básica que mantiene la mayoría de los creyentes es que cada individuo "distingue exactamente" lo que es bueno de lo que es malo, a causa de una ley moral absoluta que ha existido siempre en todas las culturas. Si pienso que robar a una persona o hacer el amor

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

con su mujer está bien –si él tiene mucho dinero y si su mujer consiente- ¿está mal hacerlo? Si no estás de acuerdo conmigo, ¿quién tiene razón Si no tenemos un punto de referencia moral, lo que pienses no es más correcto o equivocado que lo que yo pueda pensar. Este relativismo moral, predominante en nuestra cultura, suscita una importante pregunta. ¿Hay una ley moral universal?



Nos portamos en la vida de acuerdo con nuestro sentido del bien y del mal. De algún modo poseemos una conciencia de lo que “debemos” hacer. Cuando no hacemos lo que “debemos”, una parte de nuestro interior, que llamamos “consciencia”, provoca un sentimiento desagradable que llamamos “culpa”. Ese sentimiento –presente en casi todos los individuos- ¿es indicio de una ley moral dada por Dios?, o ¿refleja simplemente lo que nos han enseñado nuestros padres?

Nuestra consciencia influye en las decisiones que tomamos a lo largo del día. Si encontramos un billeteo con cientos de euros, decidimos devolver el monedero o nos quedamos con él, según nuestro código mora. ¿De dónde viene este código? Influye no sólo en nuestra conducta, sino también en cómo nos sentimos con relación a nuestra conducta. ¿Simplemente lo inventamos? Algunos pensadores piensan que sí, de la misma forma que hacemos las leyes de tráfico y que los códigos morales pueden cambiar de cultura a cultura. Otros piensan que ese código lo descubrimos como descubrimos las leyes matemáticas y que la ley moral universal trasciende el tiempo y la cultura.

Los primeros dicen que no existe otra fuente para conocer el universo que la elaboración intelectual de observaciones cuidadosamente comprobadas, vale decir, lo que ese llama “investigación” y por lo tanto, no hay conocimiento alguno por revelación. Es decir, los mandamientos y las religiones proceden de la experiencia humana, no de la revelación. Por lo tanto, el método científico es nuestra única fuente de conocimiento.

Los otros pensadores, que creen en la espiritualidad del hombre, no están de acuerdo en absoluto. El método científico sencillamente no

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

puede contestar a todas las preguntas, no es posible que sea la fuente de todo conocimiento. Dicen que el papel de la ciencia –un papel muy importante y necesario- es experimentar y observar e informar de cómo se comportan las cosas y cómo reaccionan. “Pero la razón de por qué las cosas están donde están, y de si hay algo detrás de las cosas que observa la ciencia—esto no es cuestión científica”. La pregunta de si existe o no una Inteligencia por encima del universo no puede ser contestada mediante el método científico. Cuando alguien intenta contestar a esta pregunta, hace una premisa filosófica, no una afirmación científica. Por lo tanto, la ciencia no puede contestar a la pregunta de si existe una ley moral universal. Querriamos saber si el universo sencillamente es lo que es sin ninguna razón, o si hay un poder detrás de él que lo hace ser lo que es. Y por lo tanto, una forma para que se mostrara este poder podría ser dentro de nosotros como una influencia o una orden que intentase que nos portásemos de una cierta manera. Y eso es justamente lo que encontramos dentro de nosotros...Algo que dirige el universo, y que aparece en mí como una ley que me urge a hacer el bien y me hace sentirme responsable e incómodo cuando hago el mal. Esta ley moral universal se encontraría expresada no sólo en el Antiguo y Nuevo Testamento, sino también en nuestra conciencia. Esta ley sería uno de los muchos postes indicadores que señalan hacia el Creador. Podría decirse que es una evidencia de su existencia.



Espero no hacer este tema muy denso. Pero pensad que es importante apreciar si la medida del bien y del mal está dentro de nosotros, por nuestra característica de ser humano, o bien es algo que se aprende.

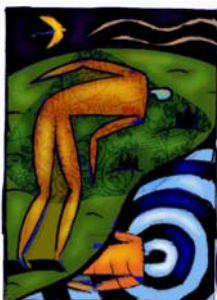
A medida que los niños se van haciendo adultos, su sentido del bien y del mal procede simplemente de lo que les han enseñado sus padres, que las prohibiciones y demandas de los padres perviven en su pecho como una consciencia moral. Acaban introduciendo todo este sistema de premios y castigos en una seudo religión personal.

Estaríamos de acuerdo en que, en parte, aprendemos la ley moral de nuestros padres y profesores, y que esto ayuda a desarrollar nuestra consciencia. Pero eso no quiere decir que la ley moral sea simplemente una invención humana. Nuestros padres y profesores no fabricaron esta ley más que la de las tablas de multiplicar, que también se enseñan.

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

Señala que parte de lo que nuestros padres y profesores nos enseñan "son meras convenciones que podrían haber sido diferentes – aprendemos a mantenernos en el lado derecho de la carretera, pero igualmente la regla podía haber sido que nos mantuviésemos a la izquierda- y otras de ellas, como las matemáticas, son verdades auténticas. Las costumbres y hábitos cambian con el tiempo; la moralidad y la ley moral permanecen firmes.

Pero estudiando otras culturas, podríamos decir que la ley moral es básicamente la misma en todas las culturas. Aunque hay alguna diferencia de una cultura a otra, las diferencias, dice, "no son realmente muy grandes... y puede reconocerse la misma ley presente en todas. Desde el momento en que tenemos datos históricos, la gente ha sido consciente de que había una ley que tenía que obedecer. "Todos los seres humanos de los que la historia tiene noticia han conocido alguna clase de moralidad; esto es, sienten antes de realizar ciertas acciones las experiencias expresadas por las palabras "yo debo" o "yo no debo". Y normalmente no logran vivir sin esta ley. "primero los seres humanos del mundo entero tienen esta curiosa idea de que deberían comportarse de una cierta manera, y no pueden librarse de ella. Segundo, de hecho, no se comportan de esa manera. Estos dos hechos son el fundamento de todas las ideas claras acerca de nosotros mismos y del universo en que vivimos. Comparando las enseñanzas morales de los antiguos egipcios, babilónicos, hindúes, chinos, griegos y romanos, se descubre lo parecidas que son entre sí y a las nuestras. Piénsese en un país en el que la gente fuese admirada por huir en la batalla, o en el que un hombre se sintiera orgulloso de traicionar a toda la gente que haya sido más bondadosa con él. Los hombres han disentido al señalar sobre quiénes ha de recaer nuestra generosidad –la propia familia, o los compatriotas, o todo el mundo-. Pero siempre han estado de acuerdo en que no debería ser uno el primero. El egoísmo nunca ha sido admirado en ninguna cultura.



Esta ley moral ha sido reconocida desde hace mucho y se la ha llamado Tao, Ley Natural o Principios básicos de la Razón práctica o Moralidad Tradicional... A través de la historia, la gente dio por supuesto que todo el mundo conocía la ley moral por naturaleza.

La ley moral no cambia con el tiempo o de una cultura a otra, puede cambiar la sensibilidad hacia la ley y cómo una cultura o un individuo la expresa. Por ejemplo, la nación alemana bajo el régimen nazi obviamente ignoró la ley y practicó una moralidad que el resto del mundo consideró abominable. Cuando afirmamos que las ideas morales de una cultura son mejores que las de otra, estamos utilizando la ley moral para hacer tal juicio; estáis diciendo que uno de ellos se ajusta más a esa norma

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

que el otro. Supone, pues, que estamos comparando a ambos con una Moral Auténtica, admitiendo que existe algo como el auténtico bien, independientemente de lo que piense la gente, y que las ideas de algunas personas se acercan más a ese auténtico bien que otras.

Si nuestras ideas morales pueden ser más verdaderas y las de los nazis menos verdaderas, debe de haber algo, alguna Moral Auténtica que haga que las primeras sean verdad.

Cuando una cultura ignora la ley moral, tienen poco sentido conceptos espirituales del Antiguo y Nuevo Testamento tales como expiación y redención. "Cristo promete el perdón de los pecados, pero ¿qué pasa con aquéllos que, como no conocen la ley natural, no saben que han pecado?, ¿quién va a tomar una medicina si no sabe que ha cogido una enfermedad?"

Sin una ley que se pueda transgredir y un legislador al que haya que darle cuentas, hay poca conciencia de cuánto le falta a uno para cumplir con la Ley, y por tanto, poca necesidad de perdón y redención. Sin conocimiento de la ley moral y sin una conciencia de los propios fallos en el cumplimiento de la ley, sólo nos comparamos con otros, en especial con los que faltan más que nosotros, los que son más falsos. Esta autocomplacencia es nuestro gran pecado. Cuando nos comparamos con otros, somos mejores que la mayor parte de los demás que conocemos. Sin embargo, si nos comparamos con nosotros mismos con la medida de los dos grandes mandamientos del Antiguo y Nuevo Testamento, podría no irnos tan bien. Amar al prójimo como a uno mismo es una locura, es algo casi imposible...

Curiosamente, observamos que quienes se ajustan más de cerca de la ley moral, por ejemplo San Pablo, parecen ser más conscientes de cuánto les falta para cumplir con la ley. **Más conscientes.** Cuando un hombre se va haciendo mejor, comprende cada vez con más claridad el mal que aún queda dentro de él. Cuando un hombre se hace peor, comprende cada vez menos su maldad. Un hombre moderadamente malo sabe que no es muy bueno: un hombre totalmente malo piensa que está bastante bien... La buena gente sabe lo que es el bien y lo que es el mal; la mala gente no conoce ninguno de los dos. Cuanto más cedemos, menos los conocemos. "La virtud –incluso la virtud que se intenta– trae consigo la luz; la permisividad trae las tinieblas".

En los escritos de San Pablo, podemos aclarar ciertas connotaciones sobre la conciencia en el mensaje evangélico.

La palabra conciencia aparece con mucha frecuencia en los escritos paulinos. Probablemente, no se trata de una herencia recogida de la filosofía pagana, sino que tenía un origen más popular, al que san

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

Pablo va a dar un contenido y una significación algo diferente, añadiendo la dimensión bíblica de su experiencia. Pablo va a insistir en esa búsqueda interior por el que la persona se capacita para orientar su existencia hacia un destino concreto y valorar su propia conducta:

“Cuando los gentiles, que no tienen ley, cumplen naturalmente las prescripciones de la ley, sin tener ley, para sí mismos son ley: como quienes muestran tener la realidad de esa ley escrita en su corazón, atestiguándolo su conciencia” (Rom 2, 14-15)



Esa ley no escrita, anterior y superior a cualquier otro derecho, y a la que este mismo se en cuenta sometido, se revela en el interior de la propia conciencia. Sus dictados cumplen al misma función que para los judíos tenía la Ley revelada por Dios. Al margen de ella o de cualquier otro mandato, el individuo lleva siempre sobre sí una palabra que le vincula y le obliga. Las exigencias de la ley natural nos hablan y comprometen a través de este dinamismo interior. Su tarea más importante no consiste en aplicar a lo concreto los principios generales, sino en darle un sentido y orientación a toda la existencia. La ley divina queda escrita en el corazón, y en función de ella cada uno ha de enfocar su vida. En términos más actuales, podríamos decir que constituyen la toma de conciencia radical por la que una persona se compromete con su proyecto ético y en la que se revela de forma valorativa su significado más profundo. Es ahí donde la persona vislumbra su destino temporal y su salvación eterna.

La conciencia aparece también como acto, que aplica las exigencias fundamentales a los casos y acciones concretas y determinadas. Si la primera se designaba como conciencia habitual, por la actitud y disposición interior y permanente en la búsqueda del bien, esta segunda quedó definida como conciencia actual. Fue el mismo San Pablo quien desarrolló también este segundo aspecto. Las situaciones particulares y comunitarias a que tuvo que hacer frente para encarnar el mensaje evangélico le llevaron a presentar con mayor amplitud LOS CRITERIOS DE CONCIENCIA necesarios para la solución de estos conflictos.

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

La conciencia es, ante todo, la voz de Dios que resuena en lo íntimo del corazón humano, para nosotros los creyentes. Como buen maestro y pedagogo, conduce al alma por el camino recto, hasta encontrar en ella, como en un alcoba interior, la fuente del bien. El gozo de la buena acción o el remordimiento de una conducta perversa no son sino el testimonio aportado por la propia conciencia. En el tribunal interior, el testigo, el juez y el acusado son una misma realidad que siempre nos acompaña. Existe como un optimismo generalizado en esta capacidad del ser humano, cuya negación sería una blasfemia contra el Creador que ha querido gobernar así, con su Providencia, a todas las criaturas RACIONALES. Con ello no se buscaba engrandecer al hombre para hacerlo autosuficiente, sino admirar en él la obra de Dios. La ley aparecería hoy como el centro del orden moral, el valor supremo del que sólo es lícito prescindir cuando las razones contrarias adquieren un peso suficiente. La ley y la libertad aparecían como términos contrapuestos y casi contradictorios.

Pero la experiencia ética nos revela precisamente esta mutua complementariedad. En todo juicio moral quedan implicados tanto el deber interior de una persona como su confrontación con otra trans-subjetividad. Se apunta hacia dentro para enaltecer el valor de la conciencia, y se mira hacia fuera para no dejarse llevar por el subjetivismo. El sujeto y el objeto se complementa. La dimensión interna es imprescindible, no sólo porque se requiere ese convencimiento personal, autónomo y responsable, sin el cual no existiría una ética adulta, sino porque la misma aplicación concreta hecha por la conciencia tiene que abrirse a otros horizontes más allá de esta ley o normativa general. Tendríamos que insistir de nuevo en que su función primaria es dinámica y orientadora. Busca de verdad lo que es bueno para la persona y le sirve para auto realizarse en función de su proyecto último y trascendente.

Ahora bien, la bondad de una acción no se descubre sólo en su formulación abstracta, por muy objetiva y verdadera que sea, sino en el imperativo concreto y pormenorizado de cada situación, donde entran además otros valores que exigen también ser reconocidos y aceptados. Y cuando diferentes valores entran en conflicto, cuando algunas circunstancias impiden el cumplimiento de una obligación, no existe ninguna otra ley más particularizada que imponga con su fuerza una de las posibles opciones a tomar. Aquí sólo la conciencia debe y puede discernir lo que parece mejor. Su punto de vista no es tanto el cumplimiento de la norma que tiene delante, cuanto la búsqueda de las mejores posibilidades entre las muchas tal vez existentes.